

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Cossiga, caballo desbocado

Cerdeña, una de las regiones más depri- midas de Italia –junto con Sicilia y el Mezzogiorno–, ha sido la cuna de impor- tantes personajes políticos en este siglo que termina: Antonio Gramsci, Enrico Berlinguer, Antonio Segni y Francesco Cossiga.

Gramsci fue, con Togliatti, el fundador del Partido Comunista Italiano en 1921, el fundador y director del diario “L’Unità” en 1924, y por su obra, escrita en buena parte en la cárcel, en donde murió en 1937, se convirtió en una de las figuras dominantes del pensamiento marxista-leninista ortodoxo contemporáneo. Berlinguer fue secretario general del PCI desde 1972 hasta su muerte, impulsó la política del “compromesso storico”, una estrategia reformista para intentar crear un bloque de fuerzas que pudiera desbancar el monopolio político de la Democracia Cristiana, formando una alianza entre los trabajadores y las clases medias, abandonó el concepto de “dictadura del proletariado” y lanzó la idea del eurocomunismo, pues intuyó el declinar ideológico, político y económico de la URSS y demás países del socialismo real. Antonio Segni, demócrata-cristiano, fue un famoso profesor de Derecho en varias universidades, organizador de la resistencia en Sicilia durante la ocupación alemana, varias veces ministro y varias veces jefe de Gobierno antes de llegar a presidente de la República en mayo de 1962; suya fue la idea de un poder de “centro-sinistra”: pacto entre la DC y los del PSL.

Francesco Cossiga salió también de las filas de la DC, convocado por Segni. Con tal padrino político, no podía fallar. Antes de ser presidente de la República en 1985, pasó por importantes cargos: senador, ministro de Interior –en los tiempos de los siniestros y claros atentados de las Brigadas Rojas y del secuestro y asesinato –menos o poco claro– de Aldo Moro: el día en que fue hallado, en el maletero de un coche, el cuerpo sin vida de Moro, Cossiga dimitió; en 1979 fue elegido presidente del Gobierno; en 1983 fue presidente del Senado, cargo que ocupó hasta ser elegido presidente en 1985.

Ser sucesor de un presidente tan popular y efusivo como fue el radical Sandro Pertini era un papel incómodo. Cossiga, durante los cinco prime- rios años de los siete que dura el mandato presi- dencial, ofreció la imagen de un hombre encerrado en el Quirinal como un monje; tra- bajador, retraído, melancólico y silencioso. Pero hacia finales de 1990 su carácter cambió: empezó a hacer declaraciones continuas a la prensa, radio y televisión, hablando sin cesar, opinando y removiendo todos los aspectos e instituciones del país. Y desde entonces y hasta ahora, no ha cesado



pública–, sus restantes 32 miembros han vendido luego su autogobierno a los partidos de los que provienen.

Lo que Cossiga quiere lograr es una auténtica reforma de las instituciones, sin olvidar proponer que la elección del cargo de presidente de la República se haga por sufragio universal y directo y que sus poderes sean efectivos, convirtiendo así Italia en una República presidencialista. Y mientras los ciudadanos votaron masivamente en referéndum este pasado mes de junio a favor de una reforma del sistema electoral (más del 94% de los votos emitidos), los partidos, el Congreso y el Senado y el CSM no cesan de atacarle, insinuando que su verborrea y su frenético papel de metemento son síntomas de “pazzia”, de desarreglo mental de tipo maníaco. Y Cossiga responde que este papel de loco lo ha asumido conscientemente, para ser comprendido mejor por una sociedad que asimila bien los gestos teatrales espectaculares. “Mi fuerza es mi soledad”, afirma repetidamente.

Sí, su ritmo es endiablado. Este pasado agosto, estando yo en Milán ante un televisor, pude verlo saliendo en una reunión con representantes de los familiares de las víctimas de las Brigadas Rojas, a la hora del desayuno; al mediodía estaba en Tirana, entrevistándose con Ramiz Alia por la cuestión de los refugiados albaneses; y por la tarde voló hasta Bari, visitó a los miles de refugiados concentrados en el estadio y en los tinglados del puerto, alabando a las autoridades por su eficiencia y pidiendo la dimisión del alcalde de la ciudad por haber criticado al Ministerio del Interior.

A veces, parece contradictorio: pide la excarcelación de Renato Curzio y desfiende a varios miembros de la logia masónica P-2, y asegura la legitimidad de la red clandestina y anticomunista Gladio, que funcionó desde finales de los años 50 hasta 1990, siendo él subsecretario de Defensa, ministro del Interior, primer ministro y jefe del Estado. Al ser acusado de encubrir a esta organización, se ha autodenunciado ante el fiscal del tribunal de primera instancia de Roma como culpable de “conspiración política”. El tribunal ha remitido el asunto al Gobierno, para que un “tribunal de ministros” decida archivar el caso o pedir oficialmente el procesamiento de Cossiga. Ante sus renovadas críticas a la magistratura, más de 7.000 jueces han ido a la huelga. “Asistiré a más rarezas más en los cinco meses que faltan hasta las elecciones de mayo del 92”, ha dicho esa especie de monje exclaustrado, enfebrecido y lúcido que se llama Francesco Cossiga. Pero quizás no hará falta esperar tanto: después de sosegar y desautorizar a 107.000 carabineros que le manifestaron su apoyo, Cossiga puede anunciar que adelanta las elecciones. ●

SU RITMO ES
endiablado. Por la mañana
estaba en Roma,
a mediodía en Tirana
y por la tarde en Bari

do de criticar y amenazar: parece un caballo desbocado, nada le detiene. “Esta es una democracia bloqueada”, dice. Y arremete contra la Constitución, que opina debe cambiarse, y contra los tres poderes del Estado; del legislativo, o las cámaras del Congreso y del Senado, opina que es endeble, que sólo funciona bien al legislar sobre pequeños problemas; del ejecutivo o Gobierno afirma que es inestable –en 46 años de vida de la República, 50 gobiernos– a causa del clientelismo electoral y del pactismo entre los partidos políticos; del judicial, o Consejo Superior de la Magistratura (CSM), magistrados y jueces, porque después de haber obtenido un órgano de autogobierno –el CSM que preside el propio presidente de la Re-